

prenda su fe y palabra, como su preso, de le acudir cada que por él fuese requerido, como mas largo lo cuenta la parte tercera desta historia, y que agora fuera por Amadís llamado, y era venido, como todos veían, para cumplir su palabra, y estar en aquella parte donde por él le fuese mandado y señalado; pero que si Amadís, usando con él de aquella liberalidad que su gran medida es virtud con todos los que su gracia es ayuda habían menester acostumbrado tenía, en le dar licencia para que él en aquella batalla que se esperaba dar, tan señalada en el mundo, pudiese al Emperador su señor servir como debía, que le prometía como leal es buen caballero delante dél es de todos los que allí presentes seían, si vivo quedase de venir donde le fuese mandado á cumplir su prision. Amadís, que á la sazón en pie con él estaba por le honrar, le respondió: «Arquisil, mi buen señor, si yo hobiese de mirar á las soberbias y demasiadas palabras del Emperador, vuestro señor, con mucho rigor y gran crueza trataría todas sus cosas, sin temer que por ello en ninguna desmesura cayese; mas, como vos sin cargo seais, y el tiempo nos haya traído á tal estado, que la virtud de cada uno de nos será manifiesta, tengo por bien de venir en lo que pedido habeis, es dovos licencia que podais ser en esta batalla, de la cual sin peligro saliendo, seais en esta insola dentro de diez dias á cumplir lo que por mí es de mi parte vos fuere mandado.» Arquisil gelo agradeció mucho, es así lo prometió.

Algunos podrán decir que por cuál razon se face tanta mención de un caballero tal como este, tan poco nombrado en esta tan gran historia. Digo que la causa dello es así, porque en lo pasado este con mucho esfuerzo trató todas las afrentas que por él pasaron, como adelante oiréis, que por su gran linaje es noble condicion llegó á ser emperador de Roma; es siempre tovo á Amadís, que fué la principal causa de alcanzar tan gran señorío, en lugar de verdadero hermano, como cuando sea tiempo es sazón mas largo se recontará. Pues de allí salidos aquellos señores, recogidos en sus tiendas es albergues, Arquisil se armó, es cabalgando en su caballo, se despidió de Amadís es de todos los que con él estaban, es se tornó por el camino que viniera; es no cuenta la historia de cosa que le acaeciese, sino que llegó á la hueste del Emperador, donde dió á todos mucho placer con su venida; es aunque muchas cosas le preguntaron, no quiso decir sino solamente la gran cortesía que de aquel muy noble caballero Amadís habia recibido; que bien podeis creer que sus cortesías eran tales es tantas, que á duro en ningun caballero en aquel tiempo se podrian hallar.

Y quiero que sepáis que la causa por qué estos caballeros caminaban tan largos caminos sin aventura fallar, como en los tiempos pasados, era porque no entendían todos en al, salvo en aderezar es aparejar las cosas necesarias para la batalla; que les semejava, segun la grandeza de aquella afrenta, que entrometerse en las otras demandas que á esta empachase, era caso de menos valer. Llegado Arquisil al real, fabló con el Emperador aparte, es dijole la verdad de todo, así de la gran gente de sus contrarios como de los caballeros señalados que allí estaban, de los cuales le contó por

nombre todos los mas dellos; es cómo Amadís de Gaula le habia dado licencia para ser en aquella batalla, y en ello mucho no le penaba; es que lo que habia sabido era, que él en sabiendo que movia de allí con la hueste, moveria luego para él sin ningun temor; es que de todo le avisaba porque ficiese lo que mas complia á su servicio.

El Emperador cuando esto oyó, aunque muy soberbio y desconcertado fuese, como oido habeis, es así lo era cierto en todas las cosas que hacia, conociendo la bondad de este caballero, por la cual él le tenia mucho amor, y que le no diria sino la verdad, cuando esto oyó fué desmayado, así como lo suelen ser todos aquellos que su esfuerzo despenden mas en palabras que en obras; es no quisiera ser puesto en aquella demanda, que bien conoció la gran diferencia de la una gente á la otra, es nunca él pensó, segun el gran poder suyo, junto con el del rey Lisuarte, que Amadís toviera facultad ni aparejo para salir de la insola Firme, y que allí lo cercarian, así por la tierra como por la mar, de manera que ó por hambre ó por otro partido alguno podiera cobrar á su honra, es la falta y mengua que sobre su honra tenia; es de allí adelante, mostrando mas esperanza y esfuerzo que en lo secreto tenia, procuró de se conformar con la voluntad del rey Lisuarte es de aquellos hombres buenos. Así estovieron en aquel real quince dias, tomando alarde es recibiendo los caballeros que de cada dia les venian; así que, fallaron que eran por todos estos que se siguen: el Emperador trajo diez mil de caballo, el rey Lisuarte seis mil es quinientos, Gasquilan, rey de Suesa, ochocientos; el rey Cildadan docientos. Pues todo aderezado, mandó el Emperador á los reyes que el real moviesen, es la gente fuese detenida en aquella gran vega por donde habian de caminar; es así se hizo, que puestos todos en sus batallas, el Emperador fizo de su gente tres faces. La primera dió á Floyan, hermano del príncipe Salustanquidio, con dos mil es quinientos caballeros; la segunda dió á Arquisil con otros tantos, y él quedó con los cinco mil para les facer espaldas; es rogó al rey Lisuarte que toviese por bien que él llevase la delantera, es así se fizo; aunque él mas quisiera llevarla á su cargo, porque no tenia en mucho aquella gente, es habia miedo que del desconcierto dellos les podría venir algun gran revés; pero otorgólo por le dar aquella honra, lo cual en semejantes casos es mal mirado; que, apartada toda afición, se debe seguir lo que la razon guía. El rey Lisuarte fizo de sus gentes dos haces; en la una puso con el rey Arban de Norgales tres mil caballeros, es que fuesen con él Norandel, su hijo, es don Guilan el cuidador, es don Cendil de Ganota, es Brandoibas; es dió de su gente mill caballeros al rey Cildadan, es á Gasquilan, con tres mill que ellos tenían, que fuese otra haz; es los otros tomó consigo, es dió el su estandarte al bueno de don Grumedan, que con mucho pesar es angustia de su corazon miraba aquel trueque tan malo que el rey Lisuarte habia fecho en dejar la gente que contraria tenia por la que llevaba. Pues fecho esto, es concertadas las haces, movieron por el campo tras el fardaje, que iba á asentar real con los aposentadores. ¿Quién os podría decir los caballos y armas tan ricas es tan lucidas es de tantas maneras como allí

iban? Por cierto muy gran trabajo seria en lo contar; solamente se dirán de las que el Emperador es los reyes es otros algunos señalados caballeros llevaban; pero esto será cuando el dia de la batalla se armaren para entrar en ella. Mas agora no fablarémos dellos fasta su tiempo; es contarse ha lo que fizo el rey Perion es aquellos señores que con él estaban en el real cabe la insola Firme.

## CAPITULO XXVI.

Cómo el rey Perion movió la gente del real contra sus enemigos, es cómo repartió las haces para la batalla.

Dice la historia que este rey Perion, como fuese un caballero muy cuerdo y de gran esfuerzo, es hasta allí siempre la fortuna le habia ensalzado en lo guardar y defender su honra, es se viese en una tan señalada afrenta en que su persona es hijos es todo lo mas de su linaje se habian de poner, es conociese al rey Lisuarte por tan esforzado es vengador de sus injurias, que al Emperador ni á su gente no lo preciaba tanto como nada en saber su condicion, que siempre estaba pensando en lo que menester era, porque bien tenia por dicho que si la fortuna contraria les fuese, que aquel rey, como can rabioso, no daría á su voluntad contentamiento con el vencimiento primero; antes con mucha diligencia es rigor, no teniendo en nada ningun trabajo, los buscaria donde quiera que fuesen, como él tenia pensado, siendo vencedor, de lo hacer; es á vueltas de las otras cosas que eran necesarias de proveer, tenia siempre personas en tales partes de quien supiese lo que sus enemigos hacian, de los cuales luego fué avisado cómo la gente venia ya contra ellos, y en qué ordenanza. Pues sabido esto luego, otro dia de mañana se levantó es mandó llamar todos los capitanes es caballeros de gran linaje, es dijogelo, es como su parecer era que el real se levantase, es la gente junta en aquellos prados, se ficiese repartimiento de las haces, porque todos sopiesen á qué capitán es seña habian de acudir; es que fecho esto, moviesen contra sus enemigos con gran esfuerzo es mucha esperanza de los vencer con la justa demanda que llevaban. Todos lo tovieron por bien, es con mucha afición le rogaron que así por su dignidad real es gran esfuerzo es discrecion tomase á su cargo de los regir es gobernar en aquella jornada, es que todos le serian obedientes. El lo otorgó; que bien conoció que pedian lo justo es no se podia con razon excusar dello.

Pues mandándolo poner en obra, el real fué levantado es la gente toda armada es á caballo puesta en aquella gran vega. El buen Rey se puso en medio de todos, en un caballo muy fermoso es muy grande, es armao de muy ricas armas, es tres escuderos, que las armas llevaban, es diez pajes en diez caballos, todos de una devisa, que por la batalla andoviesen es socorriesen á los caballeros con ellos que los menester hobiesen; es como él era ya de tanta edad, que lo mas de la cabeza es barba toviese blanco, y el rostro encendido con el calor de las armas y de la orgulleza del corazon; es como todos sabian su gran esfuerzo, parecia tan bien, es tanto esfuerzo dió á la gente que lo estaba mirando, que les habia perder todo pavor; que bien cuidaban que, despues

de Dios, aquel caudillo seria causa de les dar la gloria de la batalla. E así estando, miró á don Cuadrágante es dijole: «Esforzado caballero, á vos encomiendo la delantera; es tú, mi hijo Amadís, es Angriote de Estravaus, es don Gavarte de Val Temeroso, y Enil, es Balais de Carsante, y Landin, que le fagais compañía con los quinientos caballeros de Irlanda es mil y quinientos de los que yo traje. E vos, mi buen sobrino Agrájes, tomad la segunda haz, es vayan con vos don Bruneo de Bonamar es Branfil, su hermano; con la gente suya es con la vuestra, en que seréis mil es seiscientos caballeros. E vos, honrado caballero Grasandor, que tomeis la haz tercera. E tú, mi hijo don Florestan, es Dragonis y Landin de Fajarque, es Elian el Lozano, con la parte de vuestro padre el Rey, es con Trion es la parte de la reina Briolanja, que seréis dos mill es setecientos caballeros, le faced compañía.» E dijo á don Brian de Monjaste: «E vos honrado caballero, mi sobrino, habed la cuarta haz con vuestra gente es con tres mil caballeros de los del emperador de Constantinopla; así que, llevaréis cinco mill caballeros; es vayan con vos Mancias de la Puente de Plata, es Sadamon, es Urlandin, hijo del conde de Urlandia 2.» E mandó á don Gandáles que tomase mill caballeros de los suyos es socorriesen á las mayores priesas. E el Rey tomó consigo á Gastiles con la gente que del Emperador le quedaba, es púsose debajo de su seña, es rogó á todos que así mirasen por ella, como si el mismo Emperador allí en persona estoviese. Concertadas las haces como habeis oido, movieron todos en sus ordenanzas por aquel campo, tocando muchas trompetas es otros muchos instrumentos de guerra. Oriana es las reinas, es las infantas es dueñas es doncellas estábanlos mirando, es rogaban á Dios de corazon les ayudase, es si su voluntad fuese, los pusiese en paz.

Mas agora deja la historia de hablar dellos, que se iban á juntar contra sus enemigos, como oídes, y torna á Arcalaus el encantador.

## CAPITULO XXVII.

Cómo, sabido por Arcalaus el encantador cómo estas gentes se aderezaban para pelear, envió á mas andar á llamar al rey Arábigo es sus compañías.

Arcalaus el encantador, así como oido habeis, tenia apercebido al rey Arábigo, es á Barsinan, señor de Saneña, es al rey de la Profunda Insula, que habia escapado de la batalla de los Siete Reyes, es á todos los parientes de Dardan el soberbio; y como supo que las gentes eran venidas al rey Lisuarte es Amadís, envió con mucha priesa á un caballero su pariente, que se llamaba Garin, hijo de Grumen, el que Amadís mató cuando á él es á otros tres caballeros con Arcalaus el encantador les tomó á Oriana, así como el libro primero desta historia lo cuenta, es mandóle que no holgase dia ni noche hasta lo hacer saber á todos estos reyes es caballeros, es les diese mucha priesa en su venida; y él quedó en sus castillos, llamando á sus amigos y los del linaje de Dardan, es llegando la mas gente que po-

<sup>1</sup> Parece ser el mismo Hamado en otras partes Madanil y Mandancil. Véanse las páginas 172 y 205.

<sup>2</sup> En otro lugar Orlandin, hijo del conde de Irlanda. Véanse las páginas 176, 268 y 271.

dia. Pues este Garin llegó al rey Arábigo, el cual falló en la su gran ciudad, llamada Arábigo, que era la mas principal de todo su reino, del nombre de la cual todos los reyes de allí se llamaban Arábigos, é porque su señorío alcanzaba gran parte en la tierra de Arabia; é habló con todo él lo que Arcalaus le hacia saber, é con todos los otros que sus gentes tenían apercebidas; é sabida por ellos aquella nueva, luego sin mas tardar los llamaron, é fueron todos, unos é otros juntos é asonados cerca de una villa muy buena del señorío de Samsueña, la cual habia nombre Califan; é asentaron sus tiendas en aquellos campos, é serian por todos hasta doce mill caballeros; é allí concertaron toda su flota, que fué asaz grande de buena gente, con las mas viandas que haber pudieron, como aquellos que iban á reino extraño. E con mucho placer é tiempo enderezado fueron por su mar adelante, é á los ocho dias aportaron en la Gran Bretaña á la parte donde Arcalaus tenia un castillo muy fuerte, puerto de mar. Arcalaus tenia ya consigo seiscientos caballeros muy buenos, que todos los mas dellos desamaban mucho al rey Lisuarte é á Amadís, porque como á malos siempre los habian corrido é muerto muchos de sus parientes, é estos todos los mas andaban fuidos. Cuando aquella flota allí aportó no vos podría decir el gran placer que los unos con los otros hobieron; é sabido por las espías de Arcalaus cómo ya las gentes del rey Lisuarte y de Amadís iban unas contra otras, y el camino que llevaban, luego á ellos movieron con toda su compañía. La delantera hobo Barsinan, que era mancebo é recio caballero, muy deseoso de vengar la muerte de su padre y de su hermano Gandalod, é demostrar el esfuerzo é ardimiento de su corazón, con dos mill caballeros é algunos archeros é ballesteros. Arcalaus hobo la segunda haz, que podeis creer que en esfuerzo é gran valentía no era peor que él; antes, aunque la media mano derecha tenia perdida, en gran parte no se fallaria mejor caballero en armas que él era, ni mas valiente, sino que sus malas obras é falsedades le quitaban todo el prez que su esfuerzo ganaba. Este llevaba los seiscientos caballeros, y el rey Arábigo le dió dos mil y cuatrocientos de los suyos. La tercera haz hobo el rey Arábigo y el otro rey de la Profunda Insula, con toda la otra gente, é llevaba consigo seis caballeros parientes de Brontajar Danfania, el que Amadís mató en la batalla de los Siete Reyes cuando traía el yelmo dorado, así como lo cuenta el tercero libro desta historia; y este Brontajar Danfania era tan valiente, así de cuerpo como de fuerza, que con él esperaban vencer los de su parte; é ciertamente así lo fuera, sino porque Amadís vió el gran daño que en las gentes del rey Lisuarte hacia, é que si mucho durase, que bastaba para dar la honra de la batalla á los de su parte; é fué para él, é de un golpe solo le tolló, de manera que cayó en el campo, donde fué muerto.

Estos seis caballeros que vos cuento vinieron de la insola Sagitaria, donde se dice que al comienzo los sagitarios hacian su habitacion, y eran tan grandes de cuerpo y de fuerza como aquellos que de derecho linaje venian de los mayores é mas valientes gigantes que en el mundo hobo. Pues estos supieron esta gran batalla que se ordenaba é posieron en sus voluntades de

ser en ella, así por vengar la muerte de aquel Brontajar, que era el mas principal hombre de su linaje, como por se probar con aquellos caballeros de que tan gran fama oían; é por esta causa se vinieron al rey Arábigo, al cual mucho plago con ellos, é rogóles que fuesen en su batalla, é así lo otorgaron contra su voluntad, que mas quisieran que los mandara poner en la delantera. En este comedio llegó allí el duque de Bristoya, que, como quiera que él fuera por Arcalaus requerido, no habia osado de mostrarse, teniendo por liviana cosa lo que le decia; mas cuando vió el gran aparejo de gente que habia juntado, tovo por buen partido de se ir para ellos, por vengar, si podría, la muerte de su padre, que mataron don Galvanes é Agrájes con Olivás, así como el libro primero desta historia lo cuenta; é por cobrar su tierra, que el rey Lisuarte le habia tomado, diciendo que su padre muriera por alevé; é consideró que si al rey Lisuarte le fuese mal, que él podría ser restituído en lo suyo, é si á Amadís, que se vengaba de aquellos que tanto mal le habian fecho. E como llegó, y el rey Arábigo é aquellos señores lo vieron, é les dijeron quién era, gran placer hobieron con él, é mucho los esforzó con su venida, porque en mas tenian aquel, que era natural de la tierra é tenia en ella algunas villas é castillos con lo que traía, que á otro que extraño fuese con mucho mas. Este duque fué sobresaliente con los suyos é con quinientos caballeros que el rey Arábigo le dió, pues con tal compañía como oídes, y en tal ordenanza, partieron aquellas compañías por una travesía con las mayores guardas que poner pudieron, con acuerdo de se poner en tal parte donde estoviesen seguros, é saliesen cuando fuese sazón á dar en sus enemigos.

## CAPITULO XXVIII.

Cómo el emperador de Roma y el rey Lisuarte se iban con toda sus compañías contra la insola Firme á buscar sus enemigos.

La historia dice que el emperador de Roma y el rey Lisuarte partieron del real que cabe Vindilisora tenian, con aquellas compañías que dicho vos habemos, é acordaron de andar mucho despacio porque las gentes é caballos fuesen holgados, é aquel dia no andovieron mas de tres leguas, é asentaron su real cerca de una floresta en un gran llano, é holgaron allí aquella noche, é otro dia al alba del dia partieron en su ordenanza, como vos contamos, é así continuaron su camino fasta que sopieron de algunas personas de la tierra cómo el rey Perion é sus compañías venian contra ellos, é que los dejaban dos jornadas de donde ellos estaban; é luego el rey Lisuarte mandó proveer que Ladasin el esgremidor, que se llamaba primo hermano de don Guilan, con cincuenta caballeros fuese descubriendo la tierra siempre delante de la hueste tres leguas. E al tercero dia se toparon con la guarda del rey Perion, que asimesmo lo habia proveído con Enil, é cuarenta caballeros con él, é allí pararon los corredores unos é otros, é cada uno lo hizo saber á los suyos, é no osaban pelear, porque así les era mandado; é las huestes llegaron de un cabo y de otro tanto, que no habia en medio mas espacio de media legua de un campo grande é llano. En estas huestes venian muchos caballeros, grandes

sabidores de guerra, de manera que muy poca ventaja se podian llevar los unos á los otros; é no pareció sino que de acuerdo de las partes la una gente é la otra hicieron fortalecer con muchas cavas é otras defensas sus reales, para allí se socorrer si mal les fuese.

Así estando estas huestes como oís, llegó Gandalin, escudero de Amadís, que con Melicia de Gaula á la insola Firme habia venido, é habíase aquejado mucho por llegar antes que la batalla se diese, é la causa dello fué esta. Ya sabeis cómo Gandalin era hijo de aquel buen caballero don Gandáles, que Amadís crió, é su hermano de leche; é desde el dia que Amadís fué caballero, llamándose Doncel del Mar, supo que no era su hermano, que hasta allí por hermanos se habian tenido, y desde aquella hera siempre Gandalin le aguardó como su escudero. E como quiera que él por él muchas veces habia sido importunado que le hiciese caballero, Amadís no se atrevia á lo hácer, porque este era el mayor remedio de sus amores; este era el que muchas veces le quitó de la muerte, que segun las angustias é mortales deseos que por su señora Oriana pasaba, é contino andaban é aflegian su corazón, si en este Gandalin no fallara el consuelo que siempre falló, mill veces fuera muerto; que, como este fuese el secreto de todo, é con otro ninguno pudiese fablar, si por alguna manera de sí lo apartara, no era otra cosa salvo apartar de sí la vida; é como él supiese que faciéndole caballero no podian estar en uno, porque luego le convenia ir á buscar las aventuras donde honra ganase, aunque la razón á ello mucho le obligaba, como esta gran historia lo ha contado, así por la parte de su padre, que le crió é sacó de la mar, como por él, que le sirvió mejor que nunca caballero de escudero fué servido, no se atrevia á lo apartar de sí; é Gandalin habiendo este conocimiento, que muy cuerdo era, é con el demasiado amor que le tenia; como quiera que mucho desease ser caballero, por se mostrar hijo del buen caballero Gandáles é criado de tal hombre, no le osaba afincar mucho por le ver en tan gran necesidad; pero agora, veyendo cómo ya tenia en poder á su señora Oriana, que por grado ó por fuerza no la habia de quitar de sí sin la vida perder, acordó que con mucha razón le podia demandar caballería, y en especial en una cosa tan grande y tan señalada como aquella batalla seria; é con este pensamiento, despues de le haber dado las encomiendas de la Reina su madre, é de le haber dicho de la venida de su hermana Melicia, é del placer que Oriana é Mabilia é todas aquellas señoras con ella habian habido, é cómo era la mas hermosa cosa del mundo ver juntas á Oriana é la reina Briolanja é Melicia, en quien toda la hermosura del mundo encerrada estaba; é asimesmo cómo don Galaor, su hermano, algo mejor quedaba, é las encomiendas que dél le traía, tomóle un dia por aquel campo, donde ninguno oír les pudiese, é díjole: «Señor, la causa por qué yo he dejado de os pedir con aquella afición é voluntad que me convenia que me ficiédes caballero, porque pudiese cumplir con la honra é gran deuda que á mi padre é á mi linaje debo, vos lo sabeis; que aquel deseo que siempre he tenido de os servir, y el conocimiento de la necesidad en que siempre habeis estado de mi servicio, han dado lugar que, aunque mi

honra hasta aquí haya sido menoscabada, que antes á lo vuestro socorriese que á lo mio, que tan tenudo era; agora, que puedo ser excusado, porque en vuestro poder veo aquella que tanta congoja vos daba, ni para conmigo, ni menos para con otros ninguna excusa que honesta fuese podría hallar, dejando de seguir la orden de caballería. Porque vos suplico, Señor, por me facer merced, que hayais placer de me la dar; pues sabeis cuánta deshonra, no la teniendo, de aquí adelante se me seguirá; que en cualquier manera é parte donde yo fuere só vuestro para vos servir con el amor é voluntad que de mí siempre conocistes.»

Quando Amadís esto le oyó fué tan turbado, que por una pieza no pudo hablar, é díjole: «Oh mi verdadero amigo y hermano, que tan grave es á mí cumplir lo que pides! Por cierto no en menos grado lo siento que si mi corazón de mis carnes se apartase; é si con algún camino de razón apartar lo pudiese, con todas mis fuerzas lo haria; mas tu petición veo ser tan justa, que en ninguna guisa se puede negar; é siguiendo mas la obligacion en que te soy que la voluntad de mí querer, yo me determino que así como lo pides se faga; solamente me pena por no lo haber antes sabido, porque con aquellas armas é caballo que tu honra merecè, se compliera esta honra que tomar quieres.» Gandalin hincó los hinojos por le besar las manos; mas Amadís lo alzó é lo tovo abrazado, veniéndole las lágrimas á los ojos con el mucho amor que le tenia, que ya tenia en sí figurada la gran soledad é tristeza en que se veria no le teniendo consigo, é díjole: «Señor, deso no hayais cuidado; que don Galaor, por su bondad é mesura, diciéndole yo cómo queria ser caballero, me mandó dar su caballo é todas sus armas, pues que á él poco, con su mal, le aprovechaban, é yo gelo tove en merced, é le dije que tomara el caballo, porque era muy bueno, é la loriga y el yelmo; mas que las otras armas habian de ser blancas, como á caballero novel convenia. Dábame su espada, é yo, Señor, le dije que vos me dariades una de las que la reina Menoresa en Grecia vos diera; y mientras allí estove ficè facer todas las otras armas que convienen, con sus sobreseñales, é aquí lo tengo todo.—Pues que así es, dijo Amadís, bien será que la noche antes del dia que la batalla hobiéremos de haber, veles armado en la capilla de la tienda del Rey mi padre, é otro dia cabalga en tu caballo así armado, é cuando quisiéremos romper contra nuestros enemigos el Rey te hará caballero; que ya sabes que en todo el mundo no se podría fallar mejor hombre, ni de quien mas honra recibas en este auto.» Gandalin le dijo: «Señor, todo cuanto decís es verdad, é á duro hallaria hombre otro tal caballero como el Rey; pero yo no seré caballero sino de vuestra mano.—Pues que así quierdes, dijo Amadís, así sea, é faz lo que te digo.—Todo se fará como lo mandais, dijo él; que Lasindo, escudero de don Bruno, me dijo agora, cuando llegué, que ya tenia otorgado de su señor que le hiciese caballero, y él é yo veláremos las armas juntos, é Dios por su piedad me guie como yo pueda cumplir las cosas de su servicio é las de mi honra así como la orden de caballería lo manda, é que en mí parezca la crianza que de vos he recebido.» Amadís no le dijo mas, porque sentia gran congo-

ja en le oír aquello, é muy mayor en pensar que habia de llegar á efeto. Así se fué Amadís donde el Rey su padre andaba, haciendo fortalecer el real é aderezar las cosas convenientes á la batalla, como sus enemigos facian.

Así estovieron las huestes dos dias, que en al no entendian, salvo en aderezar todas las gentes, cada uno en su cargo, por estar muy prestos para la batalla. E al segundo dia en la tarde llegaron las espías del rey Arábigo suso en la montaña que cerca de allí estaba, é no se quisieron mostrar, porque así les fué mandado; é vieron los reales tan cerca como vos dijimos uno de otro, é luego le hicieron saber al rey Arábigo, el cual con todos aquellos caballeros acordó que las escuchas se tornasen donde bien podiesen ver lo que se hacia, y ellos quedasen encobiertos lo mas que ser podiese, é en tal parte, que aunque aquellas gentes se aviniesen é los quisiesen demandar, que los no temiesen, que hí por la sierra se podiesen acoger á sus naos, si en tal estrecho fuesen que lo hobiesen menester, é si ellos peleasen, que saldrian de allí sin sospecha, é darian sobre los que quisiesen á su salvo. E así lo hicieron, que se pusieron en un lugar muy áspero é fuerte además, é tomaron todos los pasos é subidas de la montaña, é fortaleciólo de manera, que tan seguro estaba como en una fortaleza, é allí esperaron el aviso de sus escuchas; pero no se pudieron ellos encobrir tanto, que antes que allí llegasen, que el rey Lisuarte no fuese avisado de cómo desembarcaran en su tierra é la gente que venian, é por esta causa mandó alzar todas las viandas, así de ganados como de todo lo otro, á la parte de aquella comarca, é que la gente de las aldeas é logares flacos se acogiesen á las ciudades é villas, é las velasen é rondasen, é se no partiesen de allí hasta que la batalla pasase, é dejó en ellas algunos de los caballeros, que le facian harta mengua para en lo que estaba. Mas no sopo mas de lo que habian fecho ni dónde habian parado. El rey Perion tambien sopo de aquella gente, é recelábase dellos, mas no sabia dónde estaban; así que, á ambas las partes ponian temor. Pues estando así la cosa como ois, á cabo de tres dias que los reales se asentaron, el emperador Patin se aquejaba mucho porque la batalla se diese, que vencido ó vencedor, no veia la hora de ser tornado á su tierra; porque así acontece muchas veces á los hombres accidentales, que apresuradamente facen sus cosas, que tan presto las aborrescen, como este con su liviandad facía. Amadís é Agrájes é don Cuadragante é todos los otros caballeros asimesmo aquejaban mucho al rey Perion que la batalla se diese, é que Dios fuese juez de la verdad. Pues el Rey no lo queria menos que todos, mas habíalo determinado hasta que las cosas estoviesen en disposicion cual convenia, é luego mandaron apregonar que todos al alba del dia oyesen misa é se armasen, é cada gente acudiese á su capitán, porque la batalla se daría luego, é asimesmo se hizo por los contrarios, que luego lo supieron.

Pues venida el alba, las trompetas sonaron, é tan claros se oían los unos á los otros como si juntos estoviesen. La gente se comenzó á armar é á ensillar sus caballos, é por las tiendas á oír misas, é cabalgar todos

é se ir para sus señas. ¿Quién sería aquel de tal sentido é memoria, que puesto caso que lo vieses é mucho en ello metiese todas sus mientes, que podiese contar ni escrebir las armas é caballos con sus devisas é caballeros que allí juntos eran? Por cierto mucho loco sería é fuera de todo saber el hombre que aqueste pensamiento en sí tomase; é por esto, dejando lo general, algo de lo particular se dirá aquí, é comenzaremos por el emperador de Roma, que era valiente de cuerpo é fuerza, é asaz buen caballero, si su gran soberbia é poca discrecion no gela gastase. Este se armó de unas armas negras, así el yelmo como el escudo é sobreseñales, salvo que en el escudo llevaba figurada una doncella de la cinta arriba á semejanza de Oriana, fecha de oro, muy bien labrada é guarnida de muchas piedras é perlas de gran valor, pegada en el escudo con clavos de oro, é por sobre lo negro de las sobrevistas llevaba tejidas unas cadenas muy ricamente bordadas, las cuales tomó por devisa, é juró de nunca las dejar hasta que en cadenas llevase preso á Amadís é á todos los que fueron en le tomar á Oriana. E cabalgó en un caballo hermoso é grande, é su lanza en la mano; así salió del real é se fué donde estaba acordado que se juntasen sus gentes. Luego tras él salió Floyan, hermano del príncipe Salustanquidio, armado de unas armas amarillas é negras á cuarterones, é no había otra cosa en ellas, salvo que iba muy extremado y señalado entre los suyos. Tras él salió Arquísil; este llevaba unas armas azules é blancas de plata de por medio, é todas sembradas de unas rosas de oro; así que, iba muy señalado. El rey Lisuarte llevaba unas armas negras é águilas blancas por ellas, y una águila en el escudo, sin otra riqueza alguna; pero al cabo bien salieron de gran valor, segun lo que su dueño en aquella batalla hizo. El rey Cildadan llevó unas armas todas negras, que despues que fué vencido en la batalla de los ciento por ciento que con el rey Lisuarte hobo, donde quedó su tributario, nunca otras trajo. De Gasquilan, rey de Suesa, no se dirá las armas que llevaba hasta su tiempo, como adelante oirédes. El rey Arban de Norgales, é don Guilan el cuidador, é don Grumedan, no quisieron llevar sino armas mas de provecho que de parecer, mostrando la tristeza que tenían en ver al Rey su señor puesto en mucha afrenta con aquellos que ya fueron en su casa é á su servicio, y que tanta honra le habian dado.

Agora os dirémos las armas que llevaba el rey Perion é Amadís é algunos de aquellos grandes señores que de su parte estaban. El rey Perion se armó de unas armas, el yelmo y el escudo limpios é muy claros é de muy buen acero, é las sobreseñales de una seda colorada de muy viva color, y en un gran caballo que le dió su sobrino don Brian de Monjaste, que su padre el rey de España le envió veinte caballos muy hermosos, que por aquellos caballeros repartió, é así salió con la seña del emperador de Constantinopla. Amadís fué armado de unas armas verdes, tales cuales las llevaba al tiempo que mató á Famongomadan é á Basagante, su hijo, que eran los dos mas fuertes gigantes que en el mundo se hallaban; todas sembradas muy bien de leones de oro; é con estas armas tenía él mucha afición, porque las tomó cuando

salió de la Peña Pobre, é con ellas fué á ver á su señora al castillo de Miraflores, como el segundo libro desta historia lo cuenta. Don Cuadragante sacó unas armas pardillas é flores de plata por ellas, é en un caballo de los de España. Don Bruneo de Bonamar no quiso mudar las suyas, que eran una doncella figurada en el escudo é un caballero fncado de rodillas delante, que parecia que le demandaba merced. Don Florestan, el bueno é gran justador, llevó unas armas coloradas con flores de oro por ellas, é un caballo grande de los de España. Agrájes sus armas eran de un fino rosado, y en el escudo la mano de una doncella, que tenia un corazón apretado con ella. El bueno de Angriote no quiso mudar sus armas de veros azules é de plata. E todos los otros de que se no face mencion por no dar enojo á los que lo leyeren, llevaban armas muy ricas de sus colores, como les mas agradaban. E así salieron todos al campo en buena ordenanza. Pues la gente toda junta, cada uno con sus capitanes, segun habédes oido, movieron muy paso por el campo á la hora que el sol salía, que les daba en las armas; é como todas eran nuevas é frescas é lucidas, resplandecian de tal manera, que no era sino maravilla de los ver.

Pues á esta hora llegaron Gandalin é Lasindo, escudero de don Bruneo, armados de armas blancas, como convenia á caballeros noveles. Gandalin se fué donde su señor Amadís estaba, é Lasindo á don Bruneo. Cuando Amadís le vió así venir salió de la batalla á él, é rogó á don Cuadragante que detoviese la gente fasta que él ficiese aquel su escudero caballero; é tomóle consigo, é fué donde el rey Perion, su padre, estaba, é por el camino le dijo: «Mi verdadero amigo, yo te ruego mucho que hoy en esta batalla te quieras haber con mucho tiento, é no te partas de mí, porque cuando menester será te pueda acorrer; que aunque has visto muchas batallas é grandes afrentas, é á tu parecer piensas que sabrás hacer lo que cumple, é que no te falte para ello sino solamente el esfuerzo, no lo creas; que muy gran diferencia es entre el mirar é el obrar, porque cada uno piensa, veyendo las cosas, que muy mejor recaudo en ellas daría que el que las trata, si en el caso estoviese; despues que en ello se ve, muchos embarazos delante se le ponen, que por lo no haber usado le ofenden; é grandes mudanzas hallan que de antes no las tenían pensadas, y esto es porque todo está en la obra, aunque algo por la vista aprender se puede; é como tu comienzo sea en un tan alto fecho de armas como al presente tenemos, y de tantos te haya de guardar, es menester que así para aguardar tu vida como tu honra, que mas preciada es y en mas tener se debe, que con mucha discrecion é buen saber, no dando tanto lugar al esfuerzo que el seso te turbe, te haya é acometas á nuestros enemigos; é yo terné mucho cuidado de mirar por tí en cuanto podiere, é así lo faz tú por mí cuando vieres que es menester.» Gandalin, cuando esto le oyó, dijo: «Mi señor, todo se fará como lo mandais en cuanto yo pudiere y el saber me alcanzare, é á Dios le plega que así sea; que hartos será para mí ponerme en los logares donde vuestro socorro haya menester.» Así llegaron donde el rey Perion estaba, é Amadís le dijo: «Señor, Gandalin quiere ser ca-

ballero, é mucho me pluguiera que lo fuera de vuestra mano; pero pues á él place de lo ser de la mía, vengo á os suplicar que de vuestra mano haya la espada, porque cuando le fuere menester haya memoria desta grande honra que recibe y de quien gela da.» El Rey miró á Gandalin é conoció el caballo de don Galaor, su fijo, é las lágrimas le vinieron á los ojos é dijo: «Gandalin amigo, ¿qué tal dejaste á don Galaor cuando dél te partiste?» Y él le dijo: «Señor, mucho mejorado en su dolencia, mas con gran dolor é pesar de su corazón, que por mucho que se le encubrió vuestra partida, bien la supo, aunque no la causa della, é á mí me conjuró que le dijese la verdad si la sabía, é yo le dije, Señor, que de lo que yo aprendí dello que ibades á ayudar al rey de Escocia, padre de Agrájes, que tenia cuestion con unos vecinos suyos, é no le quise decir la verdad, porque en tal caso y en tal afrenta como él está, pensé que aquello era lo mejor.» El Rey sospiró muy de corazón, como aquel á quien amaba y en sus entrañas tenía, é pensaba que despues de Amadís no habia en el mundo mejor caballero que él, así de esfuerzo como de todas las otras maneras que buen caballero debia tener, é dijo: «¡Oh mi buen fijo! á nuestro Señor plega que no vea yo la tu muerte, é con honra te vea quitado desta tan grande afición que con el rey Lisuarte tienes, porque quedando libre, libremente puedas ayudar á tus hermanos é á tu linaje.»

Entonces Amadís tomó una espada que le traía Durin, hermano de la doncella de Denamarca, á quien habia mandado que le aguardase, é dióla al Rey, y él hizo caballero á Gandalin, besándole é poniéndole la espuela diestra, y el Rey le ciñió la espada, é así se cumplió su caballería por la mano de los dos mejores caballeros que nunca armas trajeron; é tomándole consigo, se volvió á don Cuadragante, y cuando á él llegaron salió á abrazar á Gandalin por le dar honra, é díjole: «Mi amigo, á Dios plega que vuestra caballería sea en vos tan bien empleada como hasta aquí ha sido la virtud é buenas maneras que buen escudero debia tener; é creo que así será, porque el buen comienzo todas las mas veces trae buena fin.» Gandalin se le humilló, teniéndole en merced la honra que le daba. Lasindo fué caballero por la mano de su señor, é Agrájes le dió el espada; é podeis creer que estos dos noveles hicieron en su comienzo tanto en armas en esta batalla, é sufrieron tantos peligros é trabajos, que para todos los dias de su vida ganaron honra é gran prez, así como la historia os lo contará mas largamente adelante.

Veyendo las batallas como digo, no andovieron mucho que vieron á sus enemigos contra ellos venir en aquella orden que de suso oistes; é cuando fueron cerca los unos de los otros, Amadís conoció que la seña del emperador de Roma traía la delantera, é hobo muy gran placer porque con aquellos fuesen los primeros golpes, que como quiera que al rey Lisuarte desamase, siempre tenia en la memoria haber sido en su corte, y de las grandes honras que dél habia rescebido; é sobre todo, lo que mas temia é dudaba, ser padre de su señora, á quien él tanto temor tenia de dar enojo; y en su corazón llevaba puesto, si hacerlo pudiese sin mu-

cho peligro suyo, de se apartar de donde el rey Lisuarte andoviese, por no topar con él ni dar ocasion de lo enojar, aunque él bien sabia, segun las cosas pasadas, que aquella cortesía no la esperaba dél, sino que como á mortal enemigo le buscaría la muerte. Pero de Agrájes vos digo que su pensamiento estaba muy alejado del de Amadís, que nunca rogaba á Dios sino que le guiase para que él pudiese llegarlo á la muerte é destruir todos los suyos; que siempre tenia delante sus ojos la descortesía é poco conocimiento que les habia fecho en lo de la insola de Mongaza, é lo que contra su tío don Galvanes é los de su parte habia fecho, que aunque la misma insola le habia dado, mas por deshonor que por honra lo tenia, pues fué sobre ser vencidos, donde toda la honra quedaba con el Rey. E si él en aquel tiempo allí se hallara, no la consintiera tomar á su tío, antes le diera otro tanto en el reino de su padre. E con esta gran rabia que tenia, muchas veces se hobiera de perder en aquella batalla por se meter en las mayores priesas por matar ó prender al rey Lisuarte; mas, como el otro fuese esforzado é usado de aquel menester, no daba mucho por él ni dejaba de se combatir en todas las otras partes donde convenia, como adelante se dirá.

Estando las batallas para romper unas con otras, solamente esperandó el son de las trompetas é añafles, Amadís, que en la delantera estaba, vió venir un escudero en un caballo á mas andar de la parte de los contrarios, é á grandes voces preguntaba si estaba allí Amadís de Gaula. Amadís le dió de la mano que se llegase á él. El escudero así lo fizo, y llegando á él, le dijo: «Escudero, ¿qué quereis? que yo soy el que vos demandais.» El escudero le miró, é á su parecer en toda su vida habia visto caballero que así pareciese armado ni á caballo, é dijole: «Buen señor, yo creo bien lo que me decis; que vuestra presencia da testimonio de vuestra gran fama.—Pues agora decid lo que me quereis,» dijo Amadís. El escudero le dijo: «Señor, Gasquilan, rey de Suesa, mi señor, vos hace saber cómo en el tiempo pasado, cuando el rey Lisuarte tenia guerra con vos é con don Galvanes, é otros muchos caballeros que de vuestra parte y de la suya estaban sobre la insola de Mongaza, que él vino á la parte del rey Lisuarte con pensamiento y deseo de se combatir con vos, no por enemistad que os tenga, sino por la gran fama que oyó de vuestras grandes caballerías; en la cual guerra estuvo hasta que mal ferido se volvió á su tierra, sabiendo que vos no estábades en parte donde este su deseo efeto pudiese haber; y que agora el rey Lisuarte le hizo saber desta guerra en que estáis, donde, segun la causa della, no se podrá excusar gran quistion ó batalla, y que él es venido á ella con aquella misma gana; é diceos, Señor, que antes que las batallas se junten rompáis con él dos ó tres lanzas; que él de grado lo fará, porque si las batallas se juntan, no os podrá topar á su voluntad; que habrá estorbo de otros muchos caballeros.» Amadís le dijo: «Buen escudero, decid al Rey vuestro señor que todo lo que por vos me envia á decir yo lo supe en aquel tiempo, que en aquella guerra no pude ser; y que esto que él quiere, antes lo tengo á grandeza de esfuerzo que á otra enemistad ni malquerencia;

y que aunque mis obras no sean tan complidas como la fama dellas, yo me tengo por muy contento en que hombre de tan gran guisa y de tanta nombradía me tenga en tan buena posesion; y que, pues esta demanda es mas voluntaria que necesaria, querría, si á él pluguiese, que mi bien ó mi mal lo probase en cosa de mas su honra y provecho; pero si á él lo que me envia á decir mas le agrada, que yo lo haré como lo pide.» El escudero dijo: «Señor, el Rey mi señor bien sabe lo que vos acaece con Madarque, el jayan de la insola Triste, su padre, é cómo le vencistes por salvar al rey Cildadan é á don Galaor, vuestro hermano; y que, como quiera que esto le tocasse como cosa de padre, á quien tanto deudo es, que sabiendo la gran cortesía que con él usastes, antes sois digno de gracias que de pena; y que si él ha gana de se probar con vos, no es al, salvo la grande envidia que de vuestra gran bondad tiene; que hace cuenta que si os vence será su loor y fama sobre todos los caballeros del mundo, é si él fuere vencido, que le no será denuesto grande ni vergüenza serlo por ser de quien tantos caballeros é gigantes é otras cosas tales fuera de la natura de los hombres ha vencido.—Pues que así es, dijo Amadís, decilde que si, como he dicho, esto que pide mas le contenta, que yo estoy presto de lo hacer.»

## CAPITULO XXIX.

Cómo da cuenta por qué causa este Gasquilan, rey de Suesa, envió á su escudero con la demanda que oido habedes á Amadís.

Cuenta la historia por qué causa este caballero vino dos veces á buscar á Amadís por se combatir con él, que sin razon sería que un tan grande príncipe como este, que con tal empresa viniese de tan lueña tierra como lo era su reino, no fuese sabido é publicado su buen deseo. Ya la historia tercera os ha contado cómo este Gasquilan era hijo de Madarque, el jayan de la insola Triste, y de la hermana de Lancino, rey de Suesa, por parte del cual fué allí tomado por rey, porque él murió sin heredero, é como este fuese valiente de cuerpo, como hijo de jayan, é de gran fuerza, en muchas cosas de armas que se probó, las pasó todas á su honra tan enteramente, que en todas aquellas partes no se fablaba de ninguna bondad de caballero tanto como de la suya, aunque era mancebo. Este fué enamorado en gran manera de una princesa muy hermosa, llamada la hermosa Pinela, que despues de la muerte del Rey su padre, por señora de la insola Fuerte quedó, que con el reino de Suesa confinaba, é por su amor emprendió grandes cosas é afrentas, é pasó muchos peligros de su persona para la atraer á que le amase; mas ella, conociendo ser de linaje de gigantes, é muy follon é soberbio, nunca fué otorgada á le dar esperanza ninguna de sus deseos; pero algunos de los grandes de su señorío, viendo la grandeza y soberbia deste Gasquilan, é temiendo no tener remedio en sus amores, y el gran amor no se tornase en desamor y enemistad, como algunas veces acaece, y que donde estaban en paz no se le volviere en cruel guerra, tovieron por bien de aconsejarle que no así esquivase tan crudamente sus embajadas, é con alguna infintosa esperanza le detoviese lo mas que pudiese ser.

Pues con este acuerdo, cuando esta señora se vió muy aquejada dél, envióle decir que, pues Dios la habia fecho señora de tan gran tierra, su propósito era, é así lo habia prometido á su padre al tiempo de su finamiento, de no casar sino con el mejor caballero que se pudiese fallar en el mundo, aunque de gran estado no fuese, y que ella habia procurado mucho por saber quién lo fuese, enviando sus mensajeros á muchas tierras extrañas, los cuales le habian traído nuevas de uno que se llamaba Amadís de Gaula; que este era extremado entre todos los del mundo por el mas esforzado é valiente caballero, acabando y emprendiendo las cosas peligrosas que los otros acometer no osaban; é que si él, pues tan valiente é tan esforzado era, con este Amadís se combatiese é lo venciese, que ella cumpliese su deseo é la promesa que á su padre hizo; le daría su amor y le haría señor de sí é de su reino; que bien creía que, despues de aquel, no le quedaria par de bondad. Esto respondió esta hermosa princesa por se quitar de sus recuestas, é tambien porque de los suyos que Amadís vieron é oyeron sus grandes hechos, supo que no era igual la bondad de Gasquilan á la suya, con gran parte de su amor.

Como esto le fué dicho á Gasquilan, así por el gran amor que á esta princesa tenia, como por la presuncion é soberbia suya, se puso en buscar manera como esto que le era mandado pudiese poner en obra, é por esta causa que ois vino estas dos veces de su reino á buscar á Amadís; la primera á la guerra de la insola de Mongaza, donde volvió ferido de un gran golpe que don Florestan le dió en la batalla que con él é con el rey Arban de Norgales hobieron; la segunda agora en esta quistion del rey Lisuarte, porque fasta allí nunca pudo saber nuevas de Amadís, porque él anduvo desconocido, llamándose el caballero de la Verde Espada, por las insolas de Romania, é por Alemania é Constantinopla, donde hizo las extrañas cosas en armas que la parte tercera desta historia cuenta. El escudero deste Gasquilan tornó á él con la respuesta de Amadís tal cual la habeis oido, é como gela dijo, respondióle: «Amigo, agora traes aquello que yo mucho tengo deseado, é todo viene á mi voluntad, é yo entiendo ganar el amor de mi señora, si yo soy aquel Gasquilan que tú conoces.» Estonces demandó sus armas, las cuales eran desta manera: el campo de las sobreseñales é sobrevistas pardillo, é grifos dorados por él; el yelmo y escudo eran limpios como un espejo claro; y en medio del escudo, clavado con clavos de oro, un grifo guarnido de muchas piedras preciosas y perlas de gran valor, el cual tenia en sus uñas un corazon que con ellas le atravesaba todo, dando á entender por el grifo é su gran fiereza la esquiveza é gran crueldad de su señora; que así como tenia aquel corazon atravesado con las uñas, así el suyo lo estaba de los grandes cuidados é mortales deseos que della continuamente le venian; é aquestras armas pensaba él traer fasta que á su señora hobiese, é tambien porque, considerando traerlas en su memoria, le daban esfuerzo é gran descanso en sus cuidados. Pues armado como ois, tomó una lanza en la mano, gruesa y de un hierro grande é limpio, é fué adonde el Emperador estaba, é pidióle por merced que mandase á su gente que no rompiese hasta que él hobiese una

justa que tenia concertada con Amadís, y que le no toviere por caballero si del primero encuentro no gelo quitase de su estorbo.

El Emperador, que mejor que él lo conocia y le habia probado, aunque lo no mostró, bien tenia creído que mas duro le sería de acabar de lo que pensaba. Así se partió dél é pasó por las batallas. Todos estovieron quedos por mirar la batalla destes dos tan famosos caballeros é tan señalados. Desi llegó Gasquilan á la parte donde Amadís estaba aparejado para lo rescebir, é aunque él sabia que esté fuese un valiente caballero, tenialo por tan follon é soberbio, que no temia mucho su valentía, porque á estos tales en el tiempo que mas piensan hacer é mas menester lo han, allí Dios les quebranta su gran soberbia, porque los semejantes tomen en ejemplo; é como lo vió venir, enderezó su caballo contra él, é cubrióse de su escudo lo mejor que supo, é dióle de las espuelas é fué lo mas recio que pudo ir contra él, é Gasquilan asimesmo iba muy desapoderado cuanto el caballo lo podia llevar; y encontráronse en los escudos de manera, que las lanzas fueron en pedazos por el aire, é al juntar uno con otro fué el golpe tan duro, que todos pensaron que ambos eran fechos piezas; é Gasquilan fué fuera de la silla, é como era valiente de cuerpo y el golpe fué muy grande, dió tan gran caída en el campo duro, que quedó tan desacordado, que se no pudo levantar, é hobo el brazo diestro sobre que cayó quebrado; é así, quedó en el campo tendido como muerto. El caballo de Amadís hobo la una espalda quebrada, que no se pudo tener; é Amadís fué ya cuanto desacordado, pero no de manera que dél no saliese luego antes que cayese con él, é así á pié se fué donde Gasquilan yacia, por ver si era muerto. El emperador de Roma, que la batalla miraba, como le vió muerto, que así él como todos los otros lo pensaron, é Amadís á pié, dió voces á Floyan, que la delantera tenia, que socorriese con su batalla, é así lo fizo; é como don Cuadrágante esto vió, puso las espuelas á su caballo, é dijo á los suyos: «Feridlos, señores, é no dejeis ninguno á vida.» Entonces fueron los unos é otros á se encontrar; mas Gandalin, como vió á su señor Amadís á pié, y que las haces rompian, hobo gran recelo dél, é fué delante todos una pieza por le acorrer, é vió venir á Floyan delante de todos los suyos, é fué para él, y encontráronse ambos de recios golpes, é Floyan cayó del caballo, é Gandalin perdió las estriberas ambas, mas no cayó. Entonces llegaron muchos romanos por socorrer á Floyan, é don Guadrágante á Amadís, é cada uno puso al suyo á caballo, que en al no entendieron; pero, como los romanos llegaron muchos é muy presto, cobraron á Gasquilan, que algo mas acordado estaba, é sacáronlo de la priesa á gran trabajo. Don Cuadrágante en su llegada, antes que la lanza perdiese, derribó á tierra cuatro caballeros; é del primero que derribó fué tomado el caballo por Angriote de Estravaus, y gelo trajo prestamente á Amadís; é Gavarte de Val Temeroso é Landin siguieron la via de don Cuadrágante, é hicieron mucho daño en los enemigos, como aquellos que en tal menester eran usados.

Estos que vos digo llegaron delante de su haz; pero cuando la una é la otra batalla se juntaron, el ruido é las